

# El país de los susurros

JESÚS PRIETO MENDAZA ANTROPÓLOGO Y PROFESOR COLABORADOR  
DE LAS UNIVERSIDADES DE DEUSTO Y SALAMANCA

**N**o me extraña que entre los vascos se formen muy buenos deportistas. En este país se habla mucho de fútbol, de pelota o de ciclismo. Pero no se puede hablar de política, violencia o sentimientos de identidad sin desatar caras de reprobación o miradas evasivas». Me lo decía, hace pocos días, un amigo llegado desde Latinoamérica. Y creo que este recién llegado ha diagnosticado, en breve espacio de tiempo, una de las enfermedades sociales más características de la Euskadi del siglo XXI. En el trabajo, en las tabernas, en la sociedad gastronómica o en el ascensor de la comunidad de vecinos procuramos tocar temas que sean asépticos y que no puedan generar enfado entre algunos de nuestros interlocutores. Así entre nuestras cuadrillas de amigos durante una tarde de txikiteo, el fútbol, las hazañas del TAU-Baskonia o la etapa del Tour de Francia ganada por un corredor de la tierra centrarán las animadas conversaciones del grupo. Si alguien se atreve a introducir una mínima reflexión sobre el último asesinato, o sobre la falta de libertad de algún concejal de su pueblo, será rápidamente recriminado con la ya conocida argumentación: ¡Aquí lo mejor es no hablar de política!

A mi edad, y ya va siendo mucha, sigo sin entender el interés manifestado por amplios sectores de este país por catalogar de asunto político el asesinato, la extorsión, la coacción al diferente. Sencillamente se trata de cuestiones éticas, de asuntos prepolíticos, como tantas veces han reivindicado mis compañeros y compañeras de Gesto por la Paz, que tienen que ver más con los mínimos exigibles a una sociedad para poder constatar que es posible la vida en común; previo indispensable para poder emprender la tarea de generar convenciones aceptadas por todos, es decir, dotarse de normas y gobierno, que ésa es realmente la función de la política.

Pero no, esto en Euskadi no es posible; o mejor dicho, tan sólo es posible si nos identificamos con una determinada ideología, que podemos definir como nacionalista. Quien se define como tal puede hablar con tranquilidad e incluso hacer ostentación de la misma; es quien no comparte esa ideología quien ha de expresarse en voz baja, es todo aquel que pueda sentir que su identidad vasca es compatible, en mayor o menor grado, con un sentimiento de pertenencia a un espacio superior llamado España el que deberá emplear un tono bajo para no levantar sospechas o miradas de reprobación. Claro que se condena a los asesinos, claro que se critica a determinado político o las actuaciones de tal o cual consejero, sí, pero se hace entre susurros. Ser crítico con el poder en este país es realizar un ejercicio de clandestinidad. Cuestionar determinados aspectos de la gestión realizada por quienes nos gobiernan desde hace treinta años es algo que realizamos sin que nos oigan, cuando coincidimos con un amigo en los lavabos, lejos de los oídos de los demás. Lo hacemos, sí, pero entre susurros. Tenemos pavor a ser estigmatizados con la marca fatal: ése no es vasco de verdad, es un español de mierda.

Todavía hace pocos días, un lector atacaba a un conocido asiduo a la sección de cartas al director de un periódico con el siguiente argumento: «Quien critica al lehendakari, desea todo el mal para Euskadi, debe de ser un españolista del PP y es un mal ciudadano vasco».

En resumen para ser buen vasco -ya lo decían en un sketch de *Vaya semanita*- hay que ser del PNV, EA o de los *Batasunis*. Seguidor

del Athletic y amante de la Amatzu de Begoña o bien del kalimotxo y la noche de sábado en el gaztetxe. Quien no se adapte al estereotipo estará fuera de la comunidad, será, como afirmaba mi estimado Javier Elzo, un excluido del afecto. Para que no nos reconozcan como tales, hablemos bajo, utilicemos internet para reírnos del RH negativo y mandemos SMS con chistes de Arzalluz, pero que no nos oigan. Hagámoslo entre susurros.

Primo Levi nos lo recuerda aludiendo a la Alemania de 1944: «El silencio se generalizó entre los alemanes. Se convirtió en vileza, y ésta en hábito, tan profundo que impedía a los maridos hablar con las mujeres, a los padres con los hijos. Vileza sin la cual no se habría llegado a tales atrocidades». Pero a determinados políticos no les importa la opinión de Primo Levi, ni los sucesos de la antigua Yugoslavia. ¡Bah! Todo eso está muy lejos. Durante esta campaña electoral en la que la transversalidad ha quedado desterrada está quedando meridianamente claro. Ellos, los no nacionalistas, no conocen el país, no sienten el euskera, son siervos de Madrid... son la antítesis del buen vasco. Nosotros, quienes portamos las esencias patrias, somos la encarnación del grupo humano más antiguo del mundo, sacaremos al país de todas las crisis y gracias a que podemos vivir sin escoltas nos codeamos con el pueblo, degustamos talo con txistorra y asistimos a las veladas de bertso-laris en el frontón del pueblo. ¡Nosotros sí que estamos arraigados en la tierra vasca!

**E**s en definitiva la apología de la asimilación. Quien quiera ser aceptado como ciudadano de primera deberá ser como nosotros, portar nuestros marcadores étnicos y asumir nuestra única identidad posible. Los demás serán aceptados como ciudadanos, sí, pero de segunda. Nosotros gestionaremos el país, ellos limpiarán nuestras calles. Nosotros seremos los empresarios, ellos la mano de obra. Nosotros somos la patria, ellos realquilados en la misma.

Alain Touraine se hace la siguiente pregunta: ¿Podremos vivir juntos iguales pero diferentes? Muchos de nuestros políticos, durante estos días, se están encargando de responderle de forma negativa. La reflexión de este intelectual francés se hace realidad en los minutos de la presente campaña vasca en los que se resucita, un día sí y otro también, a Sabino Arana. «El retorno de las comunidades trae consigo la llamada a la homogeneidad, a la pureza, a la unidad, y la comunicación se sustituye por la guerra entre quienes ofrecen sacrificios a dioses diferentes, aluden a tradiciones extranjeras u opuestas entre sí, e incluso se consideran en ocasiones biológicamente diferentes a los demás y superiores a ellos».

El próximo domingo se cumplen nueve años del asesinato de Jorge Diez Elorza y Fernando Buesa Blanco. A los pocos días de la muerte violenta de su hijo, Toño Diez y Begoña Elorza pasaron por delante de una pancarta en la que se pedía la amnistía para los presos de ETA que le habían asesinado. Esta madre rota todavía por el dolor hizo un comentario en voz alta, tuvo el coraje de alzar su voz, como lo hiciera Antígona contra el sanguinario Creonte, ante la simbología de quienes le arrebataron a su hijo. Tuvieron que salir llorando de allí, insultados y humillados bajo los consabidos gritos de «Alde hemendik, española de mierda. fuera de Euskadi».

Cometió un tremendo error: Hablo en voz alta. Fue libre por unos segundos.

Se negó a hablar entre susurros.